

persuadiéndonos que el espacio y el tiempo estaban en nosotros.

Algunos comentadores han dicho que el conceptualismo es un realismo en el espíritu. No es exacto, más aún, es absurdo, pues hay contradicción en los términos: el realismo afirma una existencia exterior, es decir, fuera del espíritu, en el objeto; si la existencia se realiza en el espíritu es subjetiva, y ya no hay realismo.

### CAPÍTULO III.

#### DE ALGUNAS ENERGÍAS INTELECTUALES QUE INFLUYEN SOBRE EL CONOCIMIENTO.

##### I.

#### De la asociación.

§ 1.—El acto de conocer postula á menudo en nuestro espíritu una condición que, como es universal, no la enumeramos con la similaridad, con el contraste y con la memoria; pero cuando esta condición interviene, modifica considerablemente el conocimiento, juzgamos muy importante estudiarla en sí misma.

Los psicólogos ingleses la han llamado asociación de las ideas, nombre que por lo restringido nos parece impropio, pues se extiende, fuera del dominio de las ideas, á los demás estados de conciencia. Por eso preferimos llamarla simplemente asociación, definiéndola así: Cuando dos estados de conciencia se han presentado juntos muchas veces, siempre que uno de ellos se vuelve á presentar, el otro tiende á presentarse también.

Los más variados hechos de nuestra vida espiritual nos persuaden de la realidad de esta ley, sin que haya uno solo que la contraríe. Cuando hemos sufrido ó gozado en cierto lugar, la vista, ó sólo el recuerdo de ese lugar suscita en nosotros emociones tristes ó gratas; cuando la posesión de un objeto nos ha causado sensaciones placenteras, el solo recuerdo de ese objeto provoca en nosotros deseos que parecían totalmente extinguidos, si hojeo uno de los libros en que hice mis estudios, afluyen á mi mente en tropel los recuerdos de mi juventud y las risueñas imágenes de la vida escolar.

La asociación contribuye poderosamente á robustecer el sentimiento del "yo," pues suscitando el estado de conciencia presente la aparición de otros que le están asociados, el "yo" aparece como una energía que reacciona con vigor ante el mundo externo. Por ella se explican muchos hechos complejos de la vida mental, algunos de los cuales honran en extremo á la naturaleza humana, tan deficiente en otras ocasiones: el pabellón nacional evoca una multitud de ideas y afectos, cuya asociación forman el amor patrio; la vista de la bandera despierta en el soldado ideas y sentimientos de honor y gloria, que le inducen, no pocas veces, á ejecutar actos heroicos.

El influjo de la asociación sobre el conocimiento es notable por su carácter perfectamente definido, puede resumirse como sigue: cuando dos objetos ó dos cualidades se han presentado siempre juntas á nuestros sentidos, se establece una asociación tal entre las ideas de ellos, que no se puede pensar en uno sin pensar necesariamente en el otro.

§ 2.—No podemos pensar en el color sin pensar al mismo tiempo en la extensión; esto proviene de que en nuestras innumerables y variadas sensaciones de color, esta modalidad de la impresión visual se ha presentado siempre sobre una superficie, ó sobre algo que nuestros sentidos interpretan así, como pasa con el arco-iris, en que las zonas luminosas, aunque en proyección puramente aérea, las percibe nuestra vista como si estuvieran pintadas en la superficie de la aparente bóveda celeste.

Cuando vemos un cuerpo sólido, pensamos en la resistencia, en razón de que la sensibilidad visual se ha asociado á la muscular. Existen algunos hechos que aparentemente desmienten la ley de asociación: nuestros conocimientos sobre la materia nos la presentan como la reunión de la extensión y la resistencia, siendo aquella limitada en todos sentidos, lo que da nacimiento á la forma corpórea, atributo de los cuerpos inseparable de la resistencia; y sin embargo, podemos concebir y aun imaginar perfectamente formas sin resistencia, como sucede con las ideas de fantasmas, espectros y otros muchos seres de forma corporal sin materia, que la fantasía humana ha multiplicado á porfía.

Esto depende de que la resistencia, aunque cualidad universal de la materia, presenta diferentes grados, siendo sólo

perfectamente perceptible en los estados sólido y líquido de los cuerpos, y siéndolo muy poco en el estado gaseoso; á lo que se debe que nuestra vista pueda tener toda la apariencia visual que corresponde á la presencia de un cuerpo, sin que la sensibilidad muscular denote en todos los casos una resistencia marcada.

Hay otra circunstancia que contribuye á que no sea indisoluble la asociación entre la forma corpórea y la resistencia, y es que los fenómenos luminosos simulan muchas veces formas corpóreas, como sucede en las imágenes obtenidas por reflexión ó por refracción, realizando así formas sin materia.

A la ley de la asociación se debe que no podamos concebir ni imaginar límite al espacio ni al tiempo; ella nos explica por qué siéndonos muy fácil recitar de memoria largos trozos de prosa ó verso, no podemos, sin ensayo previo, recitar al revés los mismos trozos. Nos basta recordar las primeras notas de una melodía para recordarla toda ó casi toda, pero es imposible sin ensayo ejecutar la sonata en sentido inverso.

## II

### De la concepción y de la imaginación.

§ 1.—Para completar la teoría del conocimiento conviene formarse una idea exacta de la facultad de concebir y de la facultad de imaginar, cuyos dominios en la esfera intelectual no son iguales, y cuya importancia es diferente.

Debe entenderse por concebir, adquirir una idea clara y positiva sobre un asunto cualquiera. La palabra imaginar, derivada del sustantivo latino *imago*, imagen, significa la facultad de representarse con claridad en la imaginación los conceptos y las ideas.

El dominio de la concepción es extremadamente más vasto que el de la imaginación. Yo concibo á Calcuta, pero no me la imagino; es decir, poseo muchos conocimientos positivos sobre esa ciudad, conozco su situación geográfica, su condición política, la cifra aproximada de sus habitantes y otras muchas circunstancias de ella; pero como no la he visto, no pue-

do formar en mi mente una imagen clara y fiel de dicha población.

Podemos concebir una multitud enorme de cosas que de ningún modo podemos imaginar, y esa concepción nos permite sacar consecuencias rigurosas, tratándose de cosas que no hemos visto ni veremos nunca con los ojos del cuerpo, y que ni siquiera podremos ver con los de la imaginación.

Me es imposible imaginarme el polígono convexo de dos mil lados, y sin embargo, lo concibo tan bien como al triángulo y al cuadrilátero, puesto que puedo discurrir sobre él con tanta exactitud como sobre éstos. Estoy, por ejemplo, enteramente cierto que la suma de los ángulos de ese polígono es igual á 3996 rectos; estoy enteramente cierto de que, si, partiendo de uno de los vértices, dirijo diagonales á los otros, obtendré 1998 triángulos.

Tampoco tengo idea exacta de los grandes números, es decir, no me los represento con exactitud, no me los imagino bien; si quiero representar en mi imaginación un millón de hombres, pensaré en una multitud enorme de individuos humanos que llene plazas, plazuelas, calles y avenidas; pero esta imagen, vaga y de contornos poco precisos, lo mismo corresponderá á un millón de hombres, que á un millón mil, á un millón diez mil, ó á un millón cien mil, y es infinitamente probable que no corresponda exactamente á ninguna de estas cifras.

Y sin embargo, yo, que no puedo imaginarme este número, puedo discurrir sobre él con tanta exactitud como sobre el número 4, puesto que lo puedo multiplicar y dividir por otros números, lo puedo elevar á sus diferentes potencias, le puedo extraer, exacta ó aproximadamente, sus diferentes raíces, estando cierto de que puedo hacer tan variadas operaciones sin equivocarme ni en un milésimo de unidad.

Así como no me puedo imaginar los grandes números, tampoco me puedo imaginar las grandes extensiones, aun las lineales, que son las más sencillas. Si quiero representarme en la imaginación una longitud de diez kilómetros, probablemente la imagen lineal en que yo piense lo mismo puede corresponder á nueve kilómetros que á once. Dicho se está que me será imposible representarme, aun aproximativamente, el diámetro de la tierra, el de su órbita, y que la distancia de

la tierra á Sirio es un concepto sin imagen alguna. Pero los conceptos que corresponden á estas diferentes distancias son perfectamente reales y positivos, aunque no sean imaginables, pues podemos sacar de ellos consecuencias ciertas.

El poder de la imaginación es muy limitado, alejándose poco de nuestras sensaciones ordinarias; todo lo que se aparta mucho de lo que estamos habituados á percibir, todo lo que no es perceptible directamente deja de ser imaginable; nuestra débil mirada no ha abarcado la magnitud total de la tierra, ni mucho menos su órbita, ni mucho menos aún las distancias estelares; por esa razón el espíritu no puede imaginarlas. Pero esos diferentes conocimientos, habiendo sido obtenidos por inferencias correctas, se incorporan al caudal de los conocimientos reales, y pueden ser utilizados uno á uno dado el caso, como puede el banquero convertir en moneda cualquiera de sus valores consignados en el papel.

§ 2.—¿Cómo utiliza la inteligencia humana conceptos que, en la mayoría de casos, no se puede absolutamente representar? Por medio del artificio de los signos, con los que dando, por decirlo así, forma y cuerpo al concepto, podemos operar con ellos como si fueran los mismos conceptos, supliendo con ventaja la imagen casi siempre infiel de estos últimos.

Las palabras generales, consignando agregados de objetos y cualidades comunes á ellos, son una parte de los signos con que el espíritu puede operar, sin distraerse ni recargarse con la multitud de objetos denotados por cada una. Así, los nombres de los números, significando de un modo preciso el conjunto de unidades que forman un agregado, el espíritu puede desembarazarse completamente de la ingrata tarea de representar con exactitud el agregado.

La notación algebraica constituye un agregado de signos aun más maravilloso y de mayor alcance, pues son verdaderos símbolos; en las literales y en los signos algebraicos el matemático simboliza: no sólo agregados de objetos, sino operaciones complicadas, y puede así, por maravilloso modo, dar las apariencias de un trabajo material y mecánico á las labores más intelectuales que sea dable ejecutar. El astrónomo simboliza en unas cuantas letras fuerzas ciclópeas, masas colosales, vertiginosas celeridades, y estos signos, de poco bulto, digámoslo así, señalando con precisión los pasos de la

obra intelectual, y consignando con fidelidad lo que es importante consignar, impiden que la inteligencia sucumba agobiada ante la enormidad del asunto sobre que opera.

## CAPITULO III.

## DEL INCREMENTO DEL CONOCIMIENTO.

§ 1.—La inteligencia, ejercitando sus energías, bajo las condiciones y leyes ya estudiadas, adquiere cierta suma de conocimientos. Pero no se limita aquí su poder, nuestros conocimientos se ensanchan, aumentan en número, adquirimos conocimientos nuevos.

Se da el nombre de inferencia ó de razonamiento á la energía intelectual, en cuya virtud, pasamos de lo conocido á lo desconocido. Lo desconocido puede estar separado de nosotros en el espacio ó en el tiempo, y, en este último caso, puede encontrarse antes del momento presente ó después de él.

Por la inferencia ó razonamiento conocemos por lo presente lo ausente, por lo que está pasando en el lugar en que nos hallamos, inferimos lo que debe suceder en lugares apartados y más ó menos distantes, por lo que sucede en el momento actual infero lo que ha sucedido en el pasado, y lo que sucederá en lo porvenir.

La inferencia, ó razonamiento, ensancha el sentimiento de la personalidad, del "yo," contribuyendo á darle unidad y á ponerle en relieve; nos permite romper los estrechos límites de tiempo y de espacio en que se encuentra confinada nuestra existencia, y trasladarnos á épocas muy lejanas y á lugares muy remotos.

Si estando en mi cuarto durante el día disminuye súbitamente la luz, infero que una nube ha cubierto el disco del sol; de lo que ha pasado en mi cuarto he inferido lo que pasa, fuera de él, en las capas atmosféricas. Si desde el interior de mi habitación oigo el conocido rumor del follaje agitado, infero que sopla el viento. Si son las doce en México, infero que son las nueve en un lugar situado 45° al Oriente, y la una en otro situado 15° al Poniente. Mi espíritu posee, pues, la facultad